

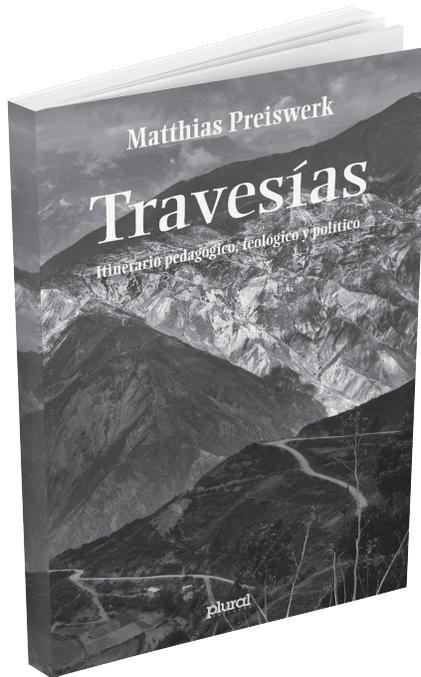
YACHAY ADHIERE A UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS

ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL 4.0
INTERNATIONAL – (CC BY-NC 4.0)



DOI: <https://doi.org/10.35319/yachay.202479124>

Preiswerk, Matthias. *Travesías. Itinerario pedagógico, teológico y político*. La Paz: Ediciones Plural, 2002. 263p. 21x14cm. ISBN: 978-9917-605-836.



Toda lectura es relectura e interpretación; es, por tanto, creatividad. El libro de Matthias representa un símbolo, y por tanto es vivo, y al ser vivo es también polisémico, donde el lector no sólo *se* encuentra

e implica, sino que además –como en mi caso– *se cuestiona y se resignifica*. Lo más gratificante para un autor es que su texto para quien lee esté siempre *vivo*, es decir, que se vuelva a escribir en las/os lectoras/es. Algo así ha sucedido en mi caso al leer las páginas de Matthias. Es lo que compartiré brevemente.

1. Teología como autobiografía familiar-comunitaria: “convivimos en un microcosmos creativo y acogedor”

La vida con sentido reflexivo, profundo, interior, es sabiduría que llega a ser “teología”, entendida como conexión íntima con el camino interior relacional de cada una/o en medio de sus avatares, contrastes e implicaciones permanentes. Reflexionar crítica y propositivamente la propia vida a la luz del Misterio último, como lo hace Matthias, es hacer teología; una teología familiar, comunitaria o, como se dice hoy en el mundo católico, una teología sinodal, que busca incluir las diversidades en todas sus expresiones y modalidades.

En tal sentido, si la tradición teológica, siguiendo a Anselmo de Canterbury, acuñó la expresión *fides quaerens intellectum*, o simplemente *intellectus fidei*, hay que comprender tal “inteligencia” en su sentido etimológico como aquella capacidad permanente de discernir el sentido de la vida, lo que lleva a la constante búsqueda, a la consciencia de su propia limitación y, por tanto, a decisiones riesgosas, al “salto de la fe” o “por la fe” (cf. Soren Kierkegaard). El punto de encuentro entre el *intellectus* y la *fides* es precisamente la vida, en sus dos acepciones de *bios* y *zoé*, que confluyen en el caminar humano.

Según Matthias –y según el lector o lectora que sintoniza con su proyecto de vida– la fe es vivencia práctica, decisión audaz, confianza extrema, pero en clave del “convivir” entre diferentes a la luz del Misterio. En tal sentido, la experiencia juvenil de nuestro autor en Taizé y su “convivir” de estudiante serán hitos fundamentales en su ecumenismo

pedagógico intercultural, y que marcará toda su vida. Así, algunos “principios”, como “no hablar de una persona en su ausencia, evitar alianzas entre unos en desmedro de otro(s), restituir y compartir con todos los sucesos significativos vividos” o reconocer que los “conflictos se deben más a diferencias de temperamento y de sensibilidad que a discrepancias ideológicas o de enfoques de vida” (p. 51), sellarán su estilo de vida familiar como fuente de su pedagogía teológica.

En sus palabras, “convivimos en un microcosmos creativo y acogedor [...] que permite proyectar y consolidar amistades, afectos y solidaridades difícilmente realizables en otros ámbitos de vida” (p. 54). El ser humano se abre al macrocosmos, al entorno creatural, a todo cuanto existe, pues en definitiva todo vive y revela el Misterio, un Misterio que es Amistad, al que se llega por medio de las redes de amistades humanas, donde las distancias se vuelven proximidades no sólo virtuales.

2. Teología en las travesías e itinerarios existenciales: inquietud, estupor e incertidumbre

El libro “Travesías. Itinerario pedagógico, teológico y político” expresa en plural la vida personal del autor junto a su familia. Las travesías e itinerarios son generalmente deambulatorios, nomádicos e inciertos (en términos de Antonieta Potente), que expresan también una teología siempre plural y en permanente inquietud, estupor e incertidumbre, pues en cuanto “momento segundo” (Gustavo Gutiérrez) –donde lo “segundo” no necesariamente se comprende en modo lineal– refleja y expresa la vida humano-cósmica con todos sus dramas y vicisitudes. La vida y la teología, según Matthias, no son peregrinaciones, sino permanentes búsquedas en territorios marcados por el asombro y las novedades imprevistas, en las cuales lo singular y plural se conjugan, lo uno y lo múltiple se encuentran, el tiempo y el espacio conviven.

En esas travesías las diversas pertenencias cristianas han de asumir el proyecto común de liberación y justicia, en medio del drama del despojo, injusticias, temores, persecuciones, violaciones, debido al mismo compromiso sociopolítico.

Las travesías son vividas como aprendizaje grupal, social, e incluso cósmico. Ya como estudiante, Matthias expresaba: “me identifico con la tendencia más política del estudiantado [...] soy un estudiante inquieto” (p. 44). Más tarde dirá: “En el camino de descubrirnos a nosotros mismos, nuestra identidad se complejiza y se altera” (p. 165). La teología surge de aquella inquietud existencial, de las indignaciones diversas, en las apuestas por corrientes contraculturales, asumiendo metodologías inter-transdisciplinarias con el propósito de resignificar el Misterio en contextos plurales, no sólo eclesiales y menos aún institucionales. En tal sentido, la teología de Matthias muestra la posibilidad real de una educación teológica ecuménica en escenarios generalmente adversos, pero donde el tesón, la insistencia y la convicción de fe hacen posible una alternativa socio-eclesial a favor de la vida amenazada.

En el contexto afro-indo-latinoamericano, especialmente católico, de búsquedas y esfuerzos de comunidades cristianas menos verticales, autoritarias, patriarcales y clericales, las travesías y osadías suscitadas por el Espíritu, muy bien narradas por Matthias, representan una luz no sólo de esperanza sino de posibilidades reales para forjar comunidades cristianas, donde –por ejemplo– el referente pueda ser, por una parte, la vida de Jesús con sus apóstolas y apóstoles caminantes de la Biblia cristiana y, por otra, la búsqueda de la tierra sin males de los pueblos amazónicos –que luchan por recuperar sus saberes y espiritualidades ancestrales–, hoy avasallados en sus propios territorios. En otras palabras, las comunidades cristianas, si pretenden ser “sinodales”, han de luchar contra todo aquello que destruye la casa común y sus habitantes, como

los neo-extractivismos mineros, agro-industriales o monocultivos, entre otros¹.

3. Teología al servicio del cuidado de la “casa común”: precariedad, sencillez, mendicancia

En su caminar por la vida, Matthias es un convencido y apasionado por la justicia, la liberación, los protagonismos diversos, las emergencias de nuevos sujetos, la posibilidad de colaborar para construir algo diferente y alternativo. También es consciente de las propias limitaciones, del propio tiempo-espacio que sugieren nuevas estrategias. Incluso es capaz de decir “mi ciclo ha terminado” y actuar en consecuencia acompañando a otros a responder a los nuevos tiempos en los nuevos contextos emergentes, como puede ser, por ejemplo, la cultura digital. En todo caso, más allá del devenir espacio-temporal, salta a la vista un estilo siempre perenne, que se desprende de la vida nomádica: precariedad, sobriedad, sencillez... O, como en su momento señalaba Antonieta Potente, una teología mendicante, que se sostiene en el “hilo sutil”² del Misterio que cuida todo cuanto existe y que es experimentado en sus diversos nombres, imágenes y figuras simbólicas.

¿Cómo conectarnos con aquel Misterio último de esperanza? ¿Cuál es la vía? Según Matthias, “la precariedad, la escasez producen acciones y reflexiones tan alternativas como esperanzadoras” (p. 126) y, por tanto, son actitudes muy valoradas más allá de las propias fronteras. En efecto, la sobriedad, la precariedad y la marginalidad son “lugares teológicos”, espacios donde se sigue re-creando la vida. De allí que la teología sea aprendizaje permanente, que surge de la búsqueda apasionada por la

¹ Cf. Gerhard Kruijff et al. (eds.), *El neo-extractivismo en Bolivia. Oportunidades, riesgos, sostenibilidad*, (Cochabamba: Itinerarios, 2019).

² Antonieta Potente, *El hilo sutil que sostiene el mundo. Consideraciones sobre nuestras vidas* (Cochabamba: Itinerarios, 2011).

Verdad, e implica un permanente “desaprender, reaprender y aprender”³ formas de vida y relaciones nuevas y creativas. Nuestro autor señala cuánto le costó y le cuesta todavía “aprender a aprender” (p. 163). Por cierto, no sólo él tiene esa dificultad. Es la enseñanza siempre actual: desaprender estilos de vida poco o nada incluyentes, colonialidades eclesiales, clericalismos patriarcales, que muchas veces se expresan en abusos y violencias contra los demás seres vivos. Todo ello con fin de “aprender” o “reaprender” a cuidar la creación. En este proceso, por ejemplo, los pueblos ancestrales y las nuevas generaciones algo nos tienen que enseñar.

4. Teología ecuménica desde las periferias: “apelo a una teología crítica con inserción popular”

Cuenta Matthias que desde muy joven aprendió a “combinar práctica laboral, reflexión teológica y análisis de la vida como el aprendizaje del grupo” (p. 47), asumiendo una “perspectiva inductiva e interdisciplinaria” (p. 47), centrando su quehacer en la “formación colectiva”, además de “autónoma y autogestionada” (p. 47), lo que continuó durante los años posteriores. Vivió y propuso una “teología desde y para la sociedad, y no sólo en la Iglesia” (p. 47-48); con el pasar de los años reafirma esta convicción: “apelo a una teología crítica con inserción popular porque creo que la teología ha de prestar un servicio tanto a la Iglesia como a la sociedad” (p. 203). Así impulsó una “pedagogía basada en el problema” concreto, particular y específico, en modo tal de superar la “compartimentalización” de los saberes y siempre a partir de “una comunidad de aprendizaje” (p. 48). Impresiona aquella “continuidad y fidelidad a las opciones y los valores asumidos” en su juventud (p. 55). Recuerda cómo a los 25 años deja

³ “La Iglesia está incluida en esta llamada a desaprender, aprender y reaprender, para superar así cualquier tendencia hacia modelos colonizadores que han causado daño en el pasado”. *Documento Final del Sínodo especial para la Amazonía*, 27 de octubre de 2019, n. 81.

su “país natal en un momento de felicidad, de realización afectiva y de reconocimiento social”, a sabiendas que “el hermoso ciclo que termina no tiene posibilidad de perpetuarse” (p. 57). A pesar de ello, son ciclos interconectados por el aprendizaje vivido que se guardan en la memoria presente y se buscan transmitir a las nuevas generaciones, tanto en la familia como en los espacios teológicos. De allí que la vida de nuestro autor sea una permanente “conversión” existencial que le hace posible articular lo específicamente teológico (cf. 87).

Este proceso constante de metamorfosis existencial, para responder a la búsqueda cotidiana de vivir la plenitud, adquiere pilares sólidos en la teología de la liberación, en la pedagogía de Paulo Freire, en la permanente autocrítica vivencial y teológica, en el contacto directo con la gente de a pie. En esa actitud se centra su ecumenismo: “Mi ecumenismo se identifica con las luchas populares y ya no pasa más por lo institucional, lo meramente eclesial ni lo litúrgico” (p. 89). Un ecumenismo comprometido en superar el clericalismo con la participación real y concreta del laicado (cf. p. 148).

Así, por ejemplo, recoge y aprende de las experiencias de las Comunidades Eclesiales de Base, cuya presencia en Bolivia reconoce como bastante escasa (cf. p. 150); o las reflexiones del Centro de Teología Popular (creado en La Paz en 1986) publicadas en el boletín *Fe y Pueblo*, y que expresaban aquel “modo nuevo de hacer teología, de modo colectivo e interdisciplinario, que toma en serio la realidad popular y creyente en Bolivia” (p. 154). Por cierto, era una teología muy diversa a la europea, bien expresada por un metodista amigo suyo: “los teólogos del primer mundo son como los leones del circo: atraviesan aros de fuego sin nunca quemarse” (p. 160). Mientras que quienes hacen teología desde el sur sufren cuanto menos la exclusión o la persecución, a veces en sus propias comunidades.

Sin duda Matthias vive y apuesta por la autocrítica existencial y teológica. Percibe como un cierto modo de hacer teología –la Teología de la Liberación– al seguir esquemas ilustrados y modernos en su propuesta ecuménica, le resultaba difícil el diálogo, por ejemplo, con las corrientes indianistas (cf. p. 154). Ante esta realidad, había que seguir buscando y proponiendo con creatividad alternativas educacionales y teológicas. Así surge el *Manifiesto por una Educación Teológica de calidad* (p. 219-221), que representa, sin lugar a dudas, una “excelente herramienta” o insumo para una teología ecuménica más pertinente a la realidad actual en constante transformación, pues asume el “paradigma intercultural” y la “pedagogía de la esperanza”. A pesar de su escasa implementación en las iglesias, es un valioso aporte para el presente que puede ser aplicado en diversos espacios, no sólo teológicos. Queda abierta la invitación a conocer en profundidad este *Manifiesto*.

5. Teología creativa, intercultural, artística: imágenes, sonidos, símbolos

En el *Manifiesto* citado, Matthias señala que la educación teológica –y diríamos que toda la teología hoy– se enmarca “dentro de un paradigma mayor, un marco epistemológico donde confluyen diferentes fuentes y dimensiones de la acción y del pensamiento humano”; se trata del “paradigma intercultural” muy relacionado “con el pensamiento complejo, la interdisciplinariedad, la toma en cuenta de diversas racionalidades, sensibilidades y potencialidades, el carácter contextual” (p. 220). Se podrían añadir también las propuestas decoloniales y poscoloniales, feministas, ancestrales, insinuadas en otras partes del libro. Se trata entonces de una teología creativa, narrativa, simbólica, abierta al Espíritu, como ha sugerido en su momento el teólogo Víctor Codina.

En esta perspectiva, conviene mencionar desde la Facultad de Teología de la Universidad Católica Boliviana, Cochabamba, las publicaciones del Instituto de Misionología, algunas de las cuales buscan recuperar lo mejor de los saberes y espiritualidades ancestrales de los pueblos originarios de Bolivia y países limítrofes. Algunas son bilingües y se convierten en fuentes para el quehacer teológico narrativo popular-indígena, donde los seres humanos armonizan con el territorio y su entorno y el Misterio divino “convive” con su creación, sin dejar de ser Misterio. Así confluyen “mito e historia, tiempo circular y tiempo lineal, oralidad y escritura”, y donde “la narrativa concreta absorbe, recicla e incorpora elementos novedosos” de otros pueblos⁴.

Volviendo a nuestro texto, Matthias sugiere la imagen de la casa, que es el hogar o espacio de encuentro teológico. De hecho, el Instituto Superior Ecuménico Andino de Teología surgió como casa de encuentro teológico entre diferentes, una casa ecuménica de mutuos aprendizajes, recuperando así la raíz etimológica del *oikós* griego que, salvando las diferencias, tiene puntos de convergencia con el *poos* (casa) chiquitano, para resaltar la apertura, acogida, hospitalidad entre todo cuanto vive, pues es don y regalo del Misterio creador.

Al respecto, Antonieta Potente en el prólogo al libro se refiere al despliegue de un tejido existencial: “como la partitura de una pieza musical, algo que hay que aprender a interpretar. Melodía que atrae y al mismo tiempo invita, enseñándonos a leer nuestra propia vida” (p. 9). Por tanto, la teología creativa se vuelve música, canto, narración, poesía, símbolo, que expresa los vaivenes existenciales humano-cósmicos de las creaturas y de cada persona. En definitiva, la vida es arte y quien hace teología es un/a artista, llamada/o a interpretar con su propio instrumento la grandeza del Misterio de la Vida.

⁴ Mëya (Elizabeth) Chávez y Caco Morán, *Chácobo chani siri. Cuentos históricos y leyendas chácobo* (Cochabamba: Itinerarios, 2022), 8; prólogo de Diego Villar.

Para concluir, Matthias suizo boliviano, según él educador más que teólogo, es un gran inspirador del quehacer teológico hoy y gran parte de aquella fuerza inspiradora se la debe también a Carmen, su compañera de vida y artista de profesión. En él está ella, y así ambos nos ofrecen una teología familiar y comunitaria que supera muchas restricciones históricas y eclesiales heredadas.

Al final, me viene a la memoria otro suizo, aunque no francófono, Martin Schmid, jesuita, músico y arquitecto, el cual durante 37 años (1730-1767) compartió su vida en las misiones de Chiquitos y que representa también un modo de hacer teología desde el arte. En 1744 escribía: “Si soy misionero, es porque canto, bailo y toco música. [...] Vivo y gozo de una buena salud y estable; llevo una vida alegre y hasta alborozada, pues canto –a veces la tirolesa– toco los instrumentos que me gustan y bailo también en rueda, por ejemplo, la danza de espadas”⁵.

*Roberto Tomichá Charupá*⁶

Roberto Tomichá es doctor en Misionología por la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma, Italia. Director del Instituto de Misionología en la Facultad de Teología San Pablo, Universidad Católica Boliviana. Investigador en historia y teología de la evangelización en el oriente boliviano. Franciscano Conventual, boliviano. Email: rtomicha@ucb.edu.bo; ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3752-7255>.

⁵ Roberto Tomichá Charupá, *La primera evangelización en las reducciones de Chiquitos, Bolivia (1691-1767). Protagonistas y metodología misional* (Cochabamba: Verbo Divino, 2002), 427.

⁶ Universidad Católica Boliviana. Cochabamba, Bolivia.